

para que haciéndonos dignos de la recompensa que habeis ofrecido á los que perseveren en las virtudes, tengamos la dicha de adoraros por toda la eternidad en la gloria. Esta felicidad os deseo á todos. Amen.

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

Necesidad de la gracia para conseguir la salvacion, y modo con que el hombre debe corresponder á la gracia.

Dixit ei Jesus: Ego sum, qui loquor tecum.

Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo.

Joan. cap. IV, v. 26.

El Evangelio de hoy es una demostracion palpable del modo como el Señor comunica su gracia á las criaturas, valiéndose de mil medios para evitar su perdicion. «Vino Jesus, nos dice el sagrado testo, á una ciudad de Samaria que se llama Sicchar, cerca del campo que dió Jacob á su hijo José. Allí estaba la fuente de Jacob. Fatigado, pues, Jesus del camino, se sentó sobre la fuente. Era como la hora de sexta. Como viniere, pues, una mujer á sacar agua, Jesus la dijo: Dame de beber. (Los discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer). La mujer que era samaritana

»contestó en el momento : ¿Cómo tú siendo judío me
 »pides de beber á mí, que soy mujer samaritana? Por-
 »que los judíos no tienen trato con los samaritanos. Res-
 »pondió Jesus , y le dijo : Si supieses el don de Dios, y
 »quién es el que te dice : dame de beber, tú de cierto le
 »pidieras á él, y te daría agua viva. La mujer le dijo:
 »Señor, no tienes con que sacarla y el pozo es hondo;
 »¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura,
 »eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos
 »dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos y sus gana-
 »dos? A esto respondióle Jesus diciendo: Todo aquel que
 »bebiere de esta agua volverá á tener sed ; mas el que
 »bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá
 »sed ; porque el agua que yo le daré, se hará en él una
 »fuente de agua que saltará hasta la vida eterna. La
 »mujer le dijo : Señor, dame de esa agua, para que yo
 »no tenga sed, ni venga aquí á sacarla. Entonces le
 »dijo Jesus : Vé, llama á tu marido y ven acá. No ten-
 »go marido, replicó la mujer. Bien has dicho, replicóle
 »Jesus, porque cinco maridos has tenido, y el que
 »ahora tienes no es tu marido ; en esto has hablado
 »verdad. Entonces exclamó la Samaritana : Señor, veo
 »que eres profeta. Nuestros padres en este monte
 »adoraron, y vosotros decís que en Jerusalem está el
 »lugar en donde es menester adorar. A todo lo cual le
 »contestó Jesucristo: mujer, créeme que viene la hora
 »en que ni en este monte ni en Jerusalem adorareis al
 »Padre. Vosotros adorais lo que no sabeis : nosotros
 »adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de
 »los judíos. Mas viene la hora, y al presente es cuando
 »los verdaderos adoradores adoran al Padre en espí-
 »ritu y en verdad. La mujer le dijo: Yo sé que viene
 »el Mesías, que se llama Cristo, y cuando viniere nos

»declarará todas las cosas. Entonces le dijo Cristo: Yo
 »soy que hablo contigo. Y al mismo tiempo llegaron
 »sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba
 »con una mujer ; pero ninguno le dijo : ¿Qué pregun-
 »tas ó que hablas con ella? La mujer, pues, dejó su
 »cántaro, y se fué á la ciudad diciendo á aquellos hom-
 »bres : Venid y ved á un hombre que me ha dicho
 »cuántas cosas he hecho ; ¿si será por ventura el Cristo?
 »Salieron entonces de la ciudad y vinieron á él.»

En este diálogo de Jesucristo con la Samaritana, veo un destello de esa bondad infinita que pone Dios en juego para atraer á sí los corazones. Al proponerme hablaros de la gracia, por ver el modo tan admirable como resplandeció en la mujer de nuestro Evangelio, trocando su corazón, no creais que voy á meterme en cuestiones que son mas propias de escuela que de la gravedad con que debe ocuparse la cátedra de la religion. Toda cuestion sobre este asunto seria enojosa, á mas de que no nos produciría beneficio alguno. Lo cierto é indudable es que Dios como padre amoroso que desea vivamente nuestra salvacion, trata por medio de su gracia de trocar nuestros corazones, de hacernos apartar del mal y dirigirnos por el recto camino de las buenas obras. La historia de nuestra Samaritana es una prueba innegable de esta verdad. Ya la esperaba Jesucristo sentado en el pozo: ya aguardaba el momento para él tan deseado de convertir aquella pecadora que vivia de un modo tan contrario á la ley. Las excusas de esta mujer para no dar agua al Salvador, ya diciendo que era samaritana, ya que el pozo era profundo, es la imágen de los pecadores que contentos en el lugar de su ruina, se excusan con mil frívolos pretextos para no responder á la gracia, que continua-

mente llama á las puertas de su corazon. Mientras que el Señor no puso el dedo en la llaga: es decir, mientras no le dió en rostro á la Samaritana con su pecado habitual, diciéndole: «dices bien que no tienes marido, porque cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido,» ella, como dice un expositor, habia estado como burlándose de Jesus; pero aquellas palabras llegaron á su corazon: empezó por creer que era profeta, y acabó por publicar que habia hablado con un hombre á quien creia Cristo, el Mesías. Para esto habia tenido Jesus que decirle cuando ella advirtió que vendria el Cristo: Yo soy, que hablo contigo. *Ego sum qui loquor tecum.*

O Cristianos: ¿No nos repite á nosotros estas mismas palabras el Salvador á cada momento? ¿Y produce en nosotros los felices resultados que en aquella mujer del cántaro? ¿Nos convertimos á Dios y publicamos su gloria, detestando al mismo tiempo nuestros pasados extravíos? ¡Ah! Que si nosotros menospreciamos la gracia, la Samaritana del Evangelio se levantará en juicio contra nosotros, porque ella creyó y se convirtió al primer impulso de la gracia y nosotros permanecemos indiferentes despues de innumerables avisos.

La gracia que el Señor comunicó á la Samaritana y la conversion de esta pecadora, me obligan á tratar de mover vuestros corazones hablándoos de las riquezas de la gracia; y para el mejor orden, divido el discurso de este modo. Necesidad de la gracia para conseguir la salvacion: *Primera parte.* Correspondencia que debemos tener á la gracia: *Segunda parte.* Por una y otra conoceréis que pelagra nuestra salvacion de hacernos indiferentes á los llamamientos de nuestro Dios.

¡Oh Dios, cuyas misericordias no tienen número! Sin vuestro auxilio, imposible es hablar de la gracia, Hacedme elocuente como á Moisés, y purificad mis labios como lo hicisteis con Isaías, para que yo pueda dignamente hablar de un asunto de tanto interés para nuestra salvacion. Os lo suplico por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen María, á quien el ángel saludó llena de toda gracia. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Si consideramos, señores, los grandes escollos y terribles peligros de que el hombre se ve rodeado en el mundo; si fijamos nuestra consideracion en la debilidad de nuestra flaca naturaleza, siempre inclinada al mal, y observamos los continuos combates de nuestras propias pasiones, vendrenos á conocer la necesidad que tenemos de la gracia para no naufragar entre las embravecidas olas del borrascoso mar de los placeres y deleites mundanos. ¿Quién santificó á muchos monarcas á través de los grandes cuidados que son consiguientes al gobierno de un reino? La gracia. ¿Quién pobló los desiertos de santos y penitentes anacoretas? La gracia. ¿Quién arrancó de entre el bullicio del mundo, á tantas virtuosas doncellas como se refugiaron al retiro de los cláustros? La gracia. ¿Quién conservó admirable fortaleza á los ilustres mártires en medio de los mas cruelísimos tormentos? La gracia. Tan cierto es, mis amadísimos hermanos, que nada bueno puede obrar el hombre sin el poderoso auxilio de la divina gracia.

En vano el impío Pelagio clamara que el hombre no necesita de la gracia para apagar el fuego de sus

pasiones, y que podía justificarse y conseguir el cielo sin su auxilio. Esta impía doctrina fué condenada en varios concilios africanos, y el grande Agustin la destruyó elocuentemente, haciéndose acreedor al título de magnífico defensor de la gracia.

En efecto: como quiera que la gracia nos sea tan necesaria, nuestro Dios que es un Dios lleno de misericordia y de bondad, un Dios que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y que viva, se hace sentir aunque ocultamente en el corazón del hombre. Habreis advertido muchas veces que cuando os decidís á practicar una obra que en sí es ofensiva á Dios, sentís un movimiento contrario que os pone delante de vuestra vista la gravedad de lo que pensais practicar. Esto que no es otra cosa que un grito de la conciencia, es un efecto de la gracia, sin la cual os arrojariais sin temor á los mayores delitos. Cuando el hombre está mas complacido en medio de sus placeres, viénesele á la imaginacion la memoria de sus pasados delitos: como si estuviera presente ve ante sus ojos la sangre inocente que vertió, la pobreza de aquel á cuya ruina cooperó con su desmedida usura; la descarnada osamenta de aquella tierna esposa, á quien arrebató la vida con sus malos tratos, efectos de su soberbia: oye la campana de un templo, y recuerda su dejadez para el cumplimiento de la ley, y la mala vida que observa: ve á una persona virtuosa, y le mortifica la memoria de sus vicios. Ved aquí la gracia que quiere convertirle. El hombre trata en el momento de desentenderse de aquellas ideas que le son insufribles, y procura distraerse en la continuacion de sus placeres. Ved aquí la resistencia á la gracia.

La gracia de que hemos hablado, es gracia inte-

rior: pero cuando esta no produce en el corazón el saludable efecto que Dios se propone, concédenos otras gracias que nuestra ceguedad nos las hace aparecer como verdaderos males. Un hombre que ha vivido en la mayor opulencia, que ha poseído grandes riquezas y que engolfado en la maldad, no solo ha vivido en el olvido de Dios, sino que ha mirado con indiferencia los llamamientos de la gracia, ve desaparecer su caudal y merced á contratiempos inesperados queda reducido á la mayor miseria: tal vez se ve obligado á comer el pan de la caridad, el que antes lleno de avaricia no estendia su mano para socorrer al pobre. Pues esto es un efecto de la gracia exterior con que Dios le llama de nuevo: por este medio ha querido hacerle conocer la inconsecuencia de la fortuna, la falsedad de las cosas del mundo, para que venga en conocimiento de la verdad y se convierta.

Aquel otro que antes se creyera feliz, como si la felicidad se encontrara en el mundo, que se viera rodeado de una jóven esposa y de tiernos hijos que formaron su alegría, pasa de pronto y cuando menos lo esperara á un estado el mas lastimoso. La muerte le ha arrebatado á su compañera, ó le ha privado de alguno de aquellos inocentes capullos que aun no se habian abierto á la mañana de la juventud: él mismo ha enfermado y se ve postrado en el lecho del dolor á causa de repetidos infortunios. ¿Qué significa tanto trastorno y confusion? No otra cosa sino efecto de la misericordia de Dios: es la gracia que obra exteriormente para que á vista de tantas calamidades, clame á Dios, conociendo por estos castigos sus pecados, los llore y se convierta.

Dirá en buen hora un seguidor de la perversa doc-